

me duela más que lo que pasa! Créemelo, no me dolería más mi propia carne que la del infeliz soldado á quien destrozó; pero nobleza obliga. Este (por Sánchez) y yo estábamos *macheteándole* á la anatomía, porque debes saber que en Julio, Dios mediante, seremos médicos, y estamos en ciertas cosas tan *botas*, tan *aventados*, que quizá seas más médico tú que nosotros.

— El *bota* es él, dijo Sánchez; yo dejo bizco á don Miguel Jiménez con mi ciencia...

— ¿A que te echo un *toro* y no me respondes?

— ¿A que yo te echo otro?

— A verlo.

— ¿Cómo se dice: periné, peroné ó peritoneo?

Nos reímos Juan y yo, y los tres seguimos de charla hasta la media noche, en que nos fuimos á descansar... El poeta, melancólico de ordinario, ese día estaba alegre y hasta locuaz; nos hizo partícipes de sus esperanzas de triunfo, de sus deseos de nombradía y de fama. Seguiría al ejército liberal, sería médico de hospitales, haría mucho bien curando á heridos de todos los bandos, y cuando esto se hubiera pacificado, cuando liberales y conservadores se dieran el abrazo de hermanos, él vendría á México, establecería un gran consultorio, sería el médico favorito de los ricos, y luego que tuviera mucho dinero reunido iría á Europa, conocería á Lamartine y á Víctor Hugo, y volvería á casarse con una muchacha sencillota y buena, á



... un oficial de Quiroga que estaba á mi lado, escribía...

llenarse de hijos, á que le llamaran señor doctor los banqueros, los comerciantes y los hacendados, y á recibir el pago de sus consultas á razón de una onza cada una, ni un real menos.

Versos, los haría, ¡claro que los haría! pero para él, para publicarlos, ya viejo, en una edición bien impresa en papel rico, de cien ejemplares á lo más, y con unas orlas, unas capitales ornamentadas y una riqueza de detalles, que la hicieran buscar como una joya.

El alegre estaba, por el contrario, lleno de murria. No creía en la medicina; pensaba que los médicos eran unos grandísimos farsantes y estaba seguro de morir de hambre ejerciendo la noble profesión.

No volví á ver á los pobres muchachos, porque á las seis ya estábamos en las alturas aguardando el ataque: el hormiguero se movía, se alborotaba, entraba en actividad. Llovía lentamente, caía ese chipi-chipi propio del tiempo, y parecían más negra la tierra, más triste el ambiente, más escuetos los árboles, que, como enfermos convalecientes, apenas empezaban á recobrar el vigor.

En ese momento que precede á las batallas, en que cada cual recuerda á lo que ama, recapitula su vida pasada, deplora sus errores y se propone recomenzar su existencia para hacerla mejor y más útil, yo sentía en el estómago un gran vacío, una sensación física de náusea, de asco, de disgusto; un oficial de Quiroga, que estaba á

mi lado, escribía sus disposiciones testamentarias; otro cosía á su chaqueta, del lado del corazón, un escapulario bendito, y un soldado remojaba un trozo de *pambazo* en un jarro que contenía café.

Las siete daban en el reloj de la parroquia cuando



oímos el primer disparo; siguióle otro á los tres ó cuatro minutos y luego como diez más; uno de obús cayó á diez metros de distancia y destrozó el techo de un jacal incendiándolo y haciendo añicos, al estallar, dos de las cuatro paredes.

Todos estábamos pálidos; un soldado á quien veía á distancia, repasaba las cuentas de su rosario; otro se limpiaba el sudor, á pesar de que la lluvia nos mojaba hasta tenernos hechos una sopa.

Pero los cañonazos eran sólo batidores y anuncios de la aproximación de las columnas de infantería. Cuatro mandó el enemigo á atacar el Arzobispado, llevando como acompañantes á las terribles piezas que habían tratado de abrir la brecha.

Se oía el tronar de los fusiles como el golpetear del granizo en los cristales, y periódicamente — me figuro que cada cuatro ó cinco minutos, — los cañones mezclaban su voz soberana á aquel concierto espantoso. Al mismo tiempo se estremecía la tierra, se desconchaban las paredes, se hacían trizas los vidrios y se abrían boquetes en puertas y ventanas.

Los nuestros permanecían en silencio; nadie disparaba un tiro, ni hacía un comentario, ni decía una palabra; ya llegaban los contrarios á las tapias de la huerta, cuando la voz ronca y tremenda de no sé quién, gritó:

— ¡Fuego, muchachos, y apunten bien para que no yerren!

El estruendo se redobló entonces; los soldados, que tenían la mano en el llamador del fusil, y que sentían agarrotados los dedos, se pusieron á disparar sin interrupción, como poseídos de un frenesí de oír estallidos.

El fuego siguió como hora y media larga, sin que supiéramos el efecto que hacía; al fin notamos que disminuía el número de los contrarios, luego que disminuía su

empuje, y por fin que se alejaban disparando tiros y causando destrozos.

— ¡Ya corren los malditos mochos! decía un soldado. ¡Vénganse, mochos *coyones*; aquí hay *pirata*!

Y cuando más satisfecho lanzaba un ¡uy! ¡juy! ¡juy! de triunfo, vino una bala de rifle que le ahogó la voz en la garganta.

Cuando miré á mi derredor, noté el cuadro más tremendo que había visto — yo habituado á todos los horrores y connaturalizado con ellos tiempo hacía. A mi lado estaban dos soldados, uno con el vientre hendido como si le hubieran pasado un arma cortante meneándosela de arriba abajo; otro con una sola herida de bala que manaba sangre poco á poco. Delante, detrás, encaramados en el muro, recostados en las troneras, al pie de los árboles, había más muertos; pero no eran tantos como los heridos, que se lamentaban mostrando desnudeces, dando gritos, solicitando la compasión con ayes y bramidos de dolor.

Los vivos nos mirábamos unos á otros con ojos de espanto: todos teníamos las caras negras, las barbas hirsutas, los cabellos desordenados, los trajes rotos.

De repente un sargento me llamó la atención.

— Vea, mi comandante, los mochos han dejado una... dos... tres... cuatro... nueve piezas abandonadas. ¡Qué buena oportunidad para cogerlas! ¿Dónde están esos

tagarnos que no salen á dar una carga... Si no ahora, ¿cuándo? Ser su cuerda y no tocarla.

En efecto, brillaban abandonados en dirección de la Casa Mata los nueve cañones de diferentes tamaños.

— ¡Qué *tanteada*! decía uno; con un impulso de los de Quiroga se ganaba todo.

— ¡Pero si han dividido á los blusas en fracciones de diez y quince hombres!

— ¡Animas, que se muevan esas gentes, que sino, no va á haber tiempo!

Fué profeta el pesimista, porque apenas pasado un cuarto de hora llegaron los contrarios y marcharon con los cañones.

Dos piezas, creo que de la brigada Zaragoza, causaban daño á la columna de Márquez defendiendo al mismo tiempo nuestra posición; pero no tardó el enemigo en voltear su artillería y en desmontar la nuestra apagándole los fuegos. Entonces cambió todo el aspecto de la jornada; un hombrecillo bajo de cuerpo, blanco de rostro y llevando toda la barba, montó á caballo y arengó á sus gentes.

¿Aquellos hombres eran diez, eran mil, eran un millón? No sé; lo que me consta es que caminaban decididos á conquistar nuestra posición.

Auxiliados por los dos obuses de que disponían se acercaron á las bardas, brincaron á las troneras, se asieron

de los fusiles mismos que se les oponían y acabaron por hallarse dentro de la huerta.

¡Cuántos soldados murieron abrazados, confundiéndose en un solo estertor el lamento del mocho y el grito de rabia del liberal! ¡cuántos fusiles embalados; cuántos combates singulares á bayoneta, á sable, á mazazos, á mordiscos y á arañazos! Aquellos no eran hombres ni eran fieras; eran demonios furiosos, con ánimo de destrozarse.

Al norte del Arzobispado, en la casa única del rumbo, se colocó una batería de montaña; resistimos unos cuantos minutos, pero ya no era posible la defensa; no había quedado uno para referirlo y de nada habría valido esa muestra insensata de valor.

Cuando penetraba el bajito de cuerpo por la puerta de campo del jardín, nuestra brigada Aranda huía á todo correr; pero no en retirada, no poco á poco y defendiéndose, sino en carrera loca, desenfrenada, sin orden ni arreglo.

Las doce serían cuando caíamos el punto y nosotros prisioneros; todavía escuchamos tiros por la Casa Mata, por la Loma del Rey y por Mixcoac; pero estábamos seguros de que los nuestros huían perseguidos de cerca.

Pero déjame tomar aquí un poco de aliento para referirte lo que falta, que es peor aún que lo contado.

Hasta mañana.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Del mismo al mismo.

México, 19 de Abril de 1859.

Guillermo mío: Como decíamos ayer, quedé triste y quebrantado, sumido en el estupor y la inconsciencia durante un rato larguísimo. Tenía una rozadura de bala en el rostro, los ojos ardientes, la piel seca y el estómago ahilado; la sensación de hambre me dominaba, pero pensar en comer cualquier cosa, ¡puah, qué asco!

Estaba en una habitación grande y ventilada: la luz, que se colaba por las altísimas rejas, entraba como temerosa, como asustada, como recatándose y de tapujo; era una luz gris que daba aspecto más sórdido á las frazadas de los que dormían echados en el suelo, mostraba más tristes los harapos de nuestros uniformes y ponía más pavor en el ánimo de todos.

Un sujeto rubio, fornido y con acento extranjero, me dijo despacio:

— *A ustedes los fosilan; á mí me traxeron por equívoco y lo mandé decir á mi cónsul.*

Era claro, sí, nos fusilarían siguiendo la ley terrible que regía las relaciones de los dos bandos: no dar ni esperar cuartel; pero ello es que nadie se movía, y apenas si en una habitación distante se oían voces y trajín.

Anduve todo el trecho que me separaba de la puerta, otra pieza más larga que la en que había estado y llena

también de gente, y al llegar á la otra me recibió dándome en las narices un olor desagradable que me recordó á Núñez y á Herrera y Cairo, el olor del cloroformo.

¡Qué espectáculo! A la luz de unos mecheros de manteca se veían muchos hombres con mandiles que daban órdenes á varios mozos y á unas mujeres de gorras blancas, que andaban en aquella semiobscuridad.

— Este por aquí, hermanita; es de los de la conserva y puede pelearse con el chinacate que está al lado. ¿Ya espichó? Pues afuera, que nos falta lugar...

— No hay cuidado, señor coronel. ¿No más eso es?... Pues con amputar las dos patitas su mercé queda listo.

— Bien cortada esa pierna, compañero; quizás debía de haber sido arriba de la articulación, pero no hay tiempo de perfiles. Ahora al muñón...

Al que decía estas cosas, que era un caballero simpático y atractivo, se le acercó un oficial y le dijo en voz alta:

— Doctorcito, sería bueno que se escaparan; los tagarnos van de huída y puede pasarles algo.

El médico se volvió á quien le hablaba, teniendo en la mano la sierra con que amputaba un pie al coronel que acababa de llegar.

— ¿Cómo marcharnos? repuso. ¿No ve usted que la vida de estos hombres depende de nuestros cuchillos? Sígame, amigo Covarrubias, que este señor oficial está

viendo visiones: no hay partido en el mundo que persiga á los médicos, y si lo hay, ¡cómo ha de ser!...

Y Covarrubias siguió aplicando á la nariz del herido una servilleta empapada en cloroformo.

El número de colchones tendidos en el suelo crecía á cada momento; ya no eran soldados liberales y conservadores; eran transeuntes que habían caído al disparo de una bala del cañón del destino. La pieza se llenaba de gentes y de lamentos, y los cinco médicos, los dos practicantes y las seis hermanas de la Caridad, no se daban abasto para atenderlos.

— ¡Jesús, Dios mío! decía uno que entregaba el alma. ¡Jesús me ayude!... ¡Jesús me ayude... Jesús me ayude!

— ¡Jesús le ayude... Jesús le ayude!... *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*, decía la hija de San Vicente con un crucifijo en la mano.

— Agua, hermanita; deme una poquita de agua.

Y el pobre bebía con ansia el contenido del jarro que le ofrecían.



— ¡Agua á mí, por el amor de Dios! gemía otro.

Y «agua», «agua» pedían todos á grandes voces.

— No creas, me dijo Juan, que éstos sean los únicos; en otras piezas tenemos más. Es un horror... ¡Qué heridas hacen estos malditos fusiles!... ¿Y la metralla?... ¡Ay, Juanito, convéncete de que la guerra es el mal más grande!... Esto destroza el alma.

Se retiró para oír á Rivero que le daba una orden.

— Muy bien, señor, ya entendí; reseca la costilla de arriba abajo... En seguida...

De repente se produjo gran estrépito: acicates golpeando el suelo, vainas de sable chocando contra las paredes, cornetas dando al aire dianas flamígeras; era el general en jefe que llegaba acompañado de su Estado mayor.

Recorrieron las tres piezas llenas de prisioneros y de heridos, y al volver á donde había yo quedado, oí que dijo Márquez:

— ¿De talento? ¿Tienen talento esos farsantes? Pues mejor; siendo así, hay que tratarlos con más energía; son alacranes con alas...

No tardó en entrar un carnicero, llamado Daza Argüelles, con media compañía de tropas. Levantaron á todo el mundo á culatazos y nos hicieron salir al patio.

— ¡A formar, bandidos! ¡á ver si como roncan duermen!

Los médicos quedaron en su sitio, esperando el resultado de lo que se anunciaba; no hubiera que curar más heridos ni que cortar más miembros.

Quedé junto á la puerta mientras se organizaban los cuadros.

Como la labor era mucha, había que abreviarla, y un verdugo genial pensó que varios fusilamientos simultáneos serían más breves y darían mejor efecto: así se vería lo que pasa en las catedrales cuando dicen varias misas los sacerdotes, que mientras uno de los oficiantes va en el introito, otro llega al evangelio y otro dice el *ite, missa est*; por esto, mientras en un cuadro se prevenía á uno, otro recibiría la descarga y otro daría las boqueadas.

Pero pronto llegó orden en contrario: no, no había por qué apresurarse; así acabaría en unos cuantos minutos un placer que podía prolongarse mucho tiempo; los manjares delicados se saborean poco á poco y sin precipitación.

¡Qué espectáculo el nuestro! Todos tiritábamos de frío, y quién envuelto en raído capote, quién en Mac Farland y sin zapatos, quién vestido con uniforme de oficial y tapado con frazada del Saltillo, mirábamos aquel crepúsculo que se despedía entre nubes de sangre, como si hasta el cielo hubiera ascendido la que se había derramado en la tierra.

Los pájaros, en lo alto de los árboles, piaban descon-